

PLENEL, Edwy (2012): *Combate por una prensa libre*. Barcelona, Edhasa, 93 páginas.

Cuando todos los gurús vaticinaban en la primera década de este siglo, e incluso antes, la muerte de la prensa en formato papel para esta segunda en la que estamos, surgió de pronto en Francia un periodista curtido en la redacción de *Le Monde* para decirnos que lo que estaba en juego no era el formato, sino la prensa misma. Y lo que le diferenciaba del resto no era solo su clarividencia, sino que su afirmación la avaló con hechos. En 2007, Edwy Plenel, que así se llama nuestro periodista, dejó la dirección del prestigioso diario galo, hartado de que organizaciones, corporaciones y demás “entes” intentaran meter mano en la redacción, y fundó su propio diario, *Mediapart*, digital, de pago y propiedad únicamente de sus redactores. Estos tres ingredientes por sí mismos hubieran hecho presagiar a otro menos osado un fracaso absoluto. Pero él no se arredró. Hoy es el espejo donde se miran diarios de toda Europa.

El secreto de *Mediapart* no es otro que reivindicar la vieja libertad de expresión, aunándola con la nueva tecnología digital, pero sin que esta se imponga en modo alguno en la forma de hacer periodismo. Es decir, lo que Plenel toma del nuevo mundo es el ahorro que lo digital supone en cuanto a producción y distribución. Y del viejo, la antigua convicción francesa -y a la postre mundial- de que, para una democracia, la libertad de prensa tiene tanta importancia como el sufragio universal. Esta idea está tomada de Víctor Hugo, quien la promulgó en ese año ciertamente fructífero de 1848, en el que Marx y Engels publicaron su manifiesto comunista, después de que en Francia, del rescoldo de la Revolución, surgieran tanto el capitalismo como el comunismo, sistemas políticos que luego harían fortuna en países muy distintos, y que durante siglo y medio se repartirían el mundo. No hará falta recordar que tanto el liberalismo inglés como la revolución bolchevique tuvieron en la patria de Hugo su primer germen.

Ya en el siglo XX, en 1904, encontramos otras referencias que Plenel cita en su libro, entresacadas de la rica tradición francesa tanto periodística como democrática. En ese año veía la luz el primer número de *L'Humanité*. En su editorial abogaba por informaciones extensas y exactas, acompañadas por documentos amplios para que el lector pudiera entender el contexto. La hipervinculación digital, como se ve, no ha hecho sino dar luz, potencia y apariencia a algo que llevaba ya al menos un siglo inventado. Este avance le da pie al director de *Mediapart* para hablar de la cristalización de la utopía periodística, consistente en un medio ideal sin límite de artículos, ni de caracteres, ni de páginas, potencialmente infinito. Como en un cuento borgeano donde hubiéramos cambiado los espejos y los laberintos por remisiones a textos, los lectores de este diario, utópico y real al mismo tiempo, podrían estar vagando durante toda la eternidad, enfrascados en lecturas que nunca tendrían fin.

De mediados del siglo pasado, de 1951, -como se ve, nuestro autor es diabólicamente metódico a la hora de elegir modelos separados por cincuenta años- Plenel va a tomar otra referencia no menos interesante. Esta vez no va a ser un escritor francés, ni un diario, sino la filósofa alemana/estadounidense Hannah Arendt, que en *Los orígenes del totalitarismo* distinguía entre verdades de hecho y verdades de opinión.

Como todas las verdades periodísticas -o como todas las verdades, a secas-, su tesis de que no puede haber opinión si no hay información sobre los hechos puede parecer obvia, pero hay que decirla. Y sobre todo, hay que practicarla, deber que echamos de menos en determinados medios en nuestros días. La utopía periodística tiene aquí una nueva parada. La mente a la que antes llamábamos amistosamente diabólica no da puntadas sin hilo y, por tanto, no solo toma momentos representativos de la historia, sino que dibuja un línea nítida en la que todo tiene sentido, todo encaja. La importancia de los hechos de Arendt no podría existir sin el protagonismo de la documentación de *L'Humanité*, que es la misma que ha cobrado en la era digital -¿hará falta decirlo?- cincuenta años después.

Ese deber de dar hechos documentados antes de opinar, del que decíamos que echábamos en falta en determinados medios de hoy en día, no va a ser el único asunto de utilidad de este libro para nuestro país. No hay, ciertamente, una libertad de expresión francesa y otra nuestra, como no hay un deber de transparencia que se pueda adscribir a un país determinado. Las verdades que exponemos son universales. E intemporales, al menos desde hace casi dos siglos. Y entre ellas la independencia, claro. La independencia del poder político y del económico es esencial para el periodismo, igual que lo es para la investigación, la enseñanza y la medicina. Curiosamente, dice Plenel, todos estos sectores están hoy amenazados. Aunque no hable de España... ¿verdad que nos suena? Y aunque nos resulte familiar, e incluso aunque sea obvio, una vez más, conviene recordarlo. Oigámoslo con sus propias palabras: “¿Es acaso un azar que todos estos sectores sufran hoy, más o menos, una ofensiva que pretende reducir su margen de maniobra y someterlos a otros universos, escalas de valores y principios de rentabilidad?” (pp. 69-70).

Pero el ideal de independencia, como el de libertad, no es solo una aspiración utópica. Si decíamos que lo que diferenciaba a nuestro autor de otros gurús de la información eran sus obras, en este caso es obligado citar que su meritorio diario no es simplemente un reducto de periodistas nostálgicos rescatados por la tecnología. Aunque así fuera ya sería mucho, pero es que además es influyente, y las cifras indican que tiene futuro. En sus cinco años de vida *Mediapart* ha participado activamente en la caída de Sarkozy en 2010; ha conseguido flexibilizar la rigidez de los secretos de defensa que practicaba el gobierno galo exigiendo una transparencia que hoy se predica, y se practica, ampliamente tanto dentro como fuera de Francia; ha destapado escándalos relacionados con Bettencourt, Tapie, Gadafi... Hoy cuenta con más de 60.000 suscriptores que pagan nueve euros al mes (treinta céntimos diarios, menos de la cuarta parte de lo que cuesta un diario “en formato” papel), a cambio, sí, de la independencia informativa, pero también -digámoslo- de evitarse esa cada vez más odiosa publicidad digital.

A su imagen y semejanza, en marzo de este año, nació en España *infoLibre*, dirigido por Jesús Maraña, quien, tanto en el prólogo de este libro, como en la presentación que tuvo lugar al mes siguiente en la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense, se refirió -por si hiciera falta insistir en que las situaciones, como la verdades, son universales- a la coyuntura que sufrimos de desorientación digital y de crisis económica, con los resultados que todos sabemos: “Las empresas periodísticas

–dice- reaccionan deshaciéndose de su mejor capital, que es la experiencia de los periodistas, de modo que la calidad de los medios se deteriora y los lectores siguen huyendo” (pp. 16-17). En la estela de Plenel de situar su prometedor proyecto en un contexto histórico, Maraña se refiere a que el título de este libro homenajea al *Combat* de Camus, el mítico periódico nacido en la clandestinidad de la Resistencia contra los nazis. Por si hubiera alguna duda de ese contexto, y volviendo otra vez a los orígenes, Plenel, nos exhorta a la acción al final de su libro, parafraseando al manifiesto de aquel año fructífero de 1848: “¡Periodistas de todos los países, salvémonos nosotros mismos!” (p. 84).

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA
Universidad Complutense de Madrid